

ROJAS. El primero de aquellos ilustres críticos, el señor Martínez de la Rosa, en sus excelentes discursos, apéndices y notas á la *Poética*, tomó la iniciativa en tan patriótica cruzada, en tanto que los señores Durán y García Suelto publicaban en Madrid una colección bien escogida de comedias de nuestro antiguo Teatro; que Solís exhumaba del olvido á Tirso de Molina, refundiendo y presentando en la escena sus mejores producciones; que Lista en sus cátedras y artículos literarios rehabilitaba aquellos nombres inmortales, dando á conocer sus bellezas respectivas á la generación que aparecía en la arena literaria, combatiendo y disculpando sus errores, y tornando á su primitiva fama el brillo y esplendor que la ignorancia había tenido eclipsados; y esto con un juicio, con un criterio más lógico, sensato é imparcial que aquel que les pudieron aplicar sus mismos contemporáneos. Pero estos excelentes críticos, llevados como aquellos principalmente del entusiasmo predilecto hácia Lope y Calderon y considerándoles como los tipos ó emblema de nuestro antiguo Teatro, no se detuvieron, á mi entender, lo suficiente en examinar y analizar los otros colosos dramáticos para justificar el título de *primer orden* que parecieron concederles; y hasta que los señores Hartzbusch, Ochoa, Fernández-Guerra (D. Luis), Gil Zárate y otros no menos entendidos han continuado aprovechadamente aquel estudio, é hicieron al público partícipe de sus excelentes trabajos, no pudo éste conocer y apreciar debidamente á Tirso, Moreto y Alarcon. ROJAS todavía (como dije al principio de este discurso) es el que hasta ahora no fué estudiado con la minuciosidad y esmero que merece; sin embargo, dichos y otros críticos contemporáneos han emitido sus juicios más ó menos extensos sobre este autor en oportunas frases y sensatas apreciaciones, si bien revelan en ellos, á mi modo de ver, que no pudieron ó no tuvieron lugar de conocer todo su repertorio para apreciarle en conjunto.

Hé aquí como el señor Martínez de la Rosa hablaba de ROJAS en 1825:

«Cerca de Moreto, ya que no al par suyo, debe colocarse á su contemporáneo FRANCISCO DE ROJAS, que se le asemejó mucho en las buenas prendas, aunque le excedió lastimosamente en defectos. Cualquiera que no teniendo por sí noticia de este poeta, y oyendo celebrarle como uno de los mejores de España, registrase ansioso sus obras, ¡cuán burlado se quedaría si la casualidad hiciese que topase con algunas de ellas! Hasta sospecharía que habían querido hacerle una pesada burla. Ni fuera fácil formar otro concepto al leer el inmoral y desatinado plan de *No hay ser padre siendo rey*, ó la hinchazon ridícula de *Los áspides de Cleopatra*; ó las necedades de *El falso Profeta Mahoma* y de *Los celos de Rodamonte*, ó los absurdos de *Santa Isabel, reina de Portugal*, y otras composiciones de esa laya, las cuales, léjos de descubrir ni aun visos de un poeta ingenioso y ameno, parecen únicamente sueños de un delirante. Hállanse en ellas, en vez de pensamientos oportunos, conceptos falsos y alambicados; en lugar de dignidad, hinchazon; juguetes pueriles en cambio de agudeza, y metáforas ridículas y frases huecas, y estilo escabroso, y todos los defectos juntos que pueden afean las composiciones dramáticas.

«Pero en ROJAS parece que se ven dos poetas distintos: uno extravagante y afectado, que se afanaba por parecer elevado y sublime lisonjeando el mal gusto de su época, y otro lleno de amenidad y gracia cuando dejaba correr libremente su talento sin oprimirle ni hostigarle. El mismo poeta que deliraba en *Persiles y Segismunda*, es el que mostraba tanta invencion y viveza en la comedia de *Donde hay agravios no hay celos*, argumento sumamente ingenioso, más conocido fuera de España con el segundo título de *El amo criado*, que es con el que fué trasladado al teatro francés.

«Mucho menos sagaz y artificioso mostróse ROJAS en la trama de *Lo que son mujeres*; pero ¡á qué punto no manifestó en esa comedia la agudeza natural de su ingenio, su gracia para pintar defectos ridículos, su soltura en el diálogo, su facilidad para el estilo cómico, su donaire y chiste!

«Aun más propio todavía para sobresalir en la verdadera comedia pareció ROJAS en otra composición intitulada: *Entre bobos anda el juego*, presentando en ella un *don Lucas del Cigarral*, personaje ridículo, pintado con mucha gracia y viveza. No es exacto, como pretende Nasarre, que esta composición pueda presentarse como sujeta á las reglas del arte, pues aunque la unidad de acción no esté en ella mal observada, dura la acción dramática poco menos de tres días, y la escena varía más de una vez, no sólo de lugar, sino hasta de pueblo. Pero en esa comedia se admiran, juntamente con la invencion ingeniosa, situaciones inesperadas, escenas interesantes, diálogos muy lindos, y aquella gracia fácil, aquella burla sazónada, que es el alma de esta clase de composiciones.

«También debe citarse como muestra del talento singular de ROJAS la celebrada comedia intitulada: *Abre el ojo ó Aviso á los solteros*; pero por no haberse propuesto en ella su autor un fin propio, fijo y determinado, me parece que divaga su ingenio sin norte ni rumbo, y que las escenas están en ella como las hojas de un libro primoroso, pero flojo y mal encuadrado. Mas esto no obsta á que se aplaudan cual merecen algunas escenas sumamente cómicas, cuadros bellísimos de costumbres y de caracteres, facilidad en la frase y en el diálogo, agudeza y donaire; todos los materiales, en fin, propios para una excelente obra dramática, si hubiera habido más inteligencia y tino para reunirlos y aprovecharlos.»

Esta discreta apreciación del talento poético de ROJAS, hecha por el ilustre autor del *Edipo*, sería completa si por una distracción inconcebible no hubiera hecho en ella caso omiso del famoso drama del *García*, que es el más sólido fundamento de la gloria de nuestro autor.

Ya queda dicho que por este mismo tiempo se publicaba por los señores Durán y García Suelto la *Colección general de comedias escogidas*, en la cual dieron lugar á las de *García del Castañar*, *Lo que son mujeres*, *Entre bobos anda el juego*, *El amo criado*, *Progne* y *Filomena*, *Abre el ojo*, *Don Diego de Noche* y el *Desden vengado*, que equivocadamente atribuyen á ROJAS, y es de Lope, según queda manifestado; y en los discretos análisis que pusieron al fin de cada drama hicieron resaltar las bellezas de primer orden que las recomiendan, aunque no pudieron entrar en comparaciones y apreciaciones generales del repertorio de su autor, y sólo tuvieron presentes, ó por lo ménos no aludieron á otras que á dichas piezas, las únicas que dieron al público.

Todas ellas se habían conservado con aprecio en el teatro, y singularmente la magnífica *Del Rey abajo ninguno*, *García del Castañar*, que brillaba en primera línea al lado de *El Rico hombre de Alcalá*, de Moreto, desde que el gran actor *Isidoro Maiquez* las hubo escogido como instrumento de dos de sus más legítimos triunfos escénicos, siendo el drama de ROJAS considerado desde entonces como el más popular y simpático del Teatro español, el más completo y acabado cuadro de su hidalgo y poético carácter. Al modesto y profundo literato don Dionisio Solís, que fué quien creemos le colocó en manos del Roseio español, y á la sublime inspiración de este gran genio en interpretarle dignamente, debe ROJAS sin duda su póstumo renombre y el singular honor de ser colocado unánimemente por los modernos críticos en primera línea al lado de nuestros autores de primer orden.

Con pocos años de diferencia el excelente poeta y maestro don Alberto Lista, en sus diversos escritos y lecciones sobre el Teatro español, acabó de fijar el gusto de la brillante juventud que le escuchaba como su oráculo; enseñóla á conocer el carácter y primores de las musas de Lope, Tirso y Calderon, Alarcon y Moreto; pero al llegar á ROJAS, la casualidad de terminar sus lecciones en el Ateneo hizo que no se detuviese á analizarle con aquella escrupulosidad que había dedicado á los otros, sus contemporáneos; y en una sola lección que le consagró, la ocupó toda ella en el análisis del *García*, tocando muy someramente algún otro de los dramas, especialmente trágicos, del repertorio de ROJAS, á quien, sin embargo, no dudó en calificar como el más propio de nuestros autores para manejar el puñal de Melpomene.

El señor Gil Zárate, en su apreciable *Manual de literatura*, también puede decirse que absorbió el juicio de este autor en el de su drama más celebrado; sin embargo, da algunas pinceladas muy oportunas sobre el carácter general de su ingenio y estilo, y se conoce que lo había estudiado con más afición. Dice, pues, así:

«El primer poeta dramático que empezó ya á apartarse de la sencillez y naturalidad de los anteriores, creando una nueva escuela que luego perfeccionó Calderon, fué DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA. Esta escuela se distinguió por el brillante colorido, por el follaje, la palabrería y un culteranismo particular, que no era precisamente el introducido por Góngora en la poesía lírica. El Teatro necesita siempre más claridad que las obras destinadas á la mera lectura, porque en él no se da lugar á la reflexión ni, como en estas, puede el espectador volver atrás para estudiar lo que no ha comprendido. El carácter especial de las dos clases de culteranismo era la falsedad de los conceptos y lo exagerado de las imágenes y figuras; pero en el género lírico entraba además la afectación de las palabras y la oscuridad de las ideas. El estilo introducido por ROJAS era más retumbante aún si cabe, pero más claro, los versos armoniosos y ricos y las palabras en general más corrientes y usuales. Formaba una música que encantaba los oídos, y lo brillante de las figuras alucinaba además á imaginaciones ardientes que reparaban ménos en lo exagerado de la pintura que en lo espléndido del cuadro.

«No obstante este defecto de hinchazon y falta de naturalidad, ocupará siempre ROJAS un lugar distinguido entre nuestros poetas dramáticos. Su estilo es siempre culto y fluido; su versificación dulce, fácil y sonora; sus pensamientos tienen robustez y elevación, abundando en rasgos magníficos y sublimes. Acaso ningún dramático de los nuestros ha dado pinceladas más firmes y vigorosas, ni ha sabido prestar tanta energía á los caracteres. Sus cuadros además están bien acabados y suelen ofrecer escenas del mayor interés dramático. El *García del Castañar* no cede á drama alguno en esta parte, y es una de nuestras comedias antiguas que con más gusto se ven en la escena. Sin embargo de sobresalir en la parte seria, no es ménos feliz en la jocosa, y no es inferior á ninguno de los contemporáneos en sales cómicas y en gracias jocosas y picarescas. No es tan ligero como Moreto, pero es más punzante en sus dichos y más socarrón sobre todo. Pueden servir de muestra los dos siguientes ejemplos.

»En la comedia de *El más impropio Verdugo*, yendo el gracioso á pedir perdón á sus compañeros por haber ofrecido ejercer con ellos aquel cargo, les dice:

»Yo os prometo degollaros
Tan sutil y tan ligero,
Que parezca que el cuchillo
Ha nacido en el pescuezo.

»Y en la de *No hay amigo para amigo* dice el gracioso hablando de uno que le ha dado un bofetón:

»El morirá malogrado,
Y perdonarle quisiera,
Por ser esta la primera
Bofetada que había dado.
Pero según la asentaba
En la parte que caía,
Me parece á mí que había
Mil años que abofeteaba.

»Es de advertir que en sus piezas cómicas, como *Lo que son mujeres*, *Entre bobos anda el juego*, y aún en los pasajes del mismo género que introduce en las serias, es ROJAS un modelo de facilidad, de verdad y de gracia. Esto se explica con que entonces escribía sin pretensiones, obedeciendo únicamente al impulso de su ingenio, mientras en sus demás obras buscaba el aplauso popular, afectando el estilo hinchado que entonces era de moda, y procurando sobrepasar en él á sus competidores.

»En *Los áspides de Cleopatra* dice Octaviano á los otros triunviros, sus colegas:

»Cuando el alba y aurora, entonces bellas,
A reconocer salen las estrellas;
Cuando el tardo lucero sin decoro
Murmurando está el sol bostezos de oro,
Y el pájaro de verdes plumas rico
Afila al tronco el argentado pico,
Refoza el can, y la que rugie fiera
Muestra la presa con que al tigre espera,
Chupa el clavel el líquido rocío,
Agota el pez las márgenes del río,

Y en repetido tálamo dichoso
La tórtola se pica con su esposo,
Y la culebra sola,
Ondeando la arena con su cola,
Al asomar del sol temprano el coche
Muda la piel con que esperó la noche;
Partí cortando al mar la verde bruma
En trescientos centauros de la espuma;
Pues volar y correr cada cual sabe,
Medio cuerpo cristal y medio nave.

»¿Quién dijera que esos versos son del mismo autor que ha puesto los siguientes en boca de un gracioso que, fingiéndose ser su propio amo, se halla expuesto á un desafío en *Donde hay agravios no hay celos*?

»¡Después de Dios, bodegon!»

Aquí trascribe el señor Gil Zárate este delicioso monólogo, como para contraponer su naturalidad, donaire y agudeza á la hipérbole y exageración del alambicado trozo que antecede; pero no necesitaba para ello apartarse del mismo drama tan anatematizado de *Los áspides de Cleopatra*, donde á vueltas de cien absurdos y delirios tropezaría con escenas tan interesantes, diálogos tan bellos, y tan noble y poética entonación como en la escena en que llegando Marco Antonio por primera vez á avistarse con la reina de Egipto, adonde acude determinado á vengar el vencimiento de sus colegas Lépido y Augusto, se pone en boca de ambos el siguiente parlamento:

Di, ¿quién eres, soldado?

ANTONIO.
Marco Antonio.
CLEOPATRA.

Temor de oír su nombre he recibido,
Y esta es la vez primera que he temido,
Pero es valor este temor primero;
Echar el velo á mi hermosura quiero,
Que pues mi espada el triunfo me asegura,
No quiero que le venza mi hermosura.

Sale ANTONIO.

ANTONIO.
Cleopatra valerosa,
Según dice la fama, muy hermosa,

Que es lo que agora ménos te asegura,
Pues yo no he de rendirme á tu hermosura;
Reina de Egipto no como solía,
Porque hoy ha de ser mía Alejandria.
Yo vengo (así una ofensa restituyo)
A llevarte á mi reino por el tuyo.

CLEOPATRA.

Marco Antonio imprudente,
Para con los cobardes muy valiente,
Y según el clarín armonioso,
Para con infelices venturoso,
No rey del Asia ya, como solía,
Porque el Asia también ha de ser mía,
Vuélvete al mar salado,
Si no quieres, quedando aprisionado
En mi reino, que llama Europa suyo,

Que vaya luego á conquistar el tuyo;
¿Que á Lépido he vencido no lo sabes?

ANTONIO.

Dióle sepulcro el mar á ochenta naves.

CLEOPATRA.

A Octaviano venció mi brazo airado.

ANTONIO.

Él se dejó vencer de enamorado;

Tus ojos me contó que le rindieron.

CLEOPATRA.

¡Pese á mis ojos, si ellos le vencieron!

(Levantándose.)

¡Viven ellos, que al sol causan enojos,

Que no te he de enseñar á ti mis ojos,

Porque al verte vencido

No digas que mis ojos te han rendido!

ANTONIO.

Pues yo bien sé cuando á tu luz me llevo,

Que no puede rendirme el amor ciego.

CLEOPATRA.

Aunque verme desees,
Soy mucho yo para que tú me veas;
Ni he de verte, por no darte indignado
Los méritos de haberte yo mirado.

ANTONIO.

Aunque eso dices, responderte puedo
Que no me ves por no tenerme miedo.

CLEOPATRA.

Y tu valor mirarme no procura
Porque teme rendirse á mi hermosura.

ANTONIO.

Y aunque mirára de tu luz el fuego...

CLEOPATRA.

¿Qué hicieras si me vieras? (Descúbrese y mirale.)

ANTONIO.

Morir luego.

En esta misma elevada entonación continúa esta bellísima escena, hasta que termina con ella la jornada primera.

El señor Gil Zárate continúa después su juicio de ROJAS con el obligado elogio del *García del Castañar*, cuyos trozos y escenas más interesantes compulsa y analiza con deleite.

Todavía va más adelante en elogio de ROJAS el señor Ochoa en su *Tesoro del Teatro español*, publicado en París, y si bien no convenga acaso en absoluto con la entusiasta apreciación con que le califica, no puedo prescindir de trasladar las enérgicas, bellas y apasionadas frases que dedica al autor.

«ROJAS figura (dice) en primera línea entre nuestros escritores dramáticos, al lado de Lope, Calderón, Moreto, Alarcón y Tirso, y tiene entre todos ellos el mérito de haber sobresalido en el género cómico como en el trágico; en este último, sobre todo, dotó á nuestro repertorio del mejor drama trágico que en nuestro concepto posee la lengua castellana: hablamos del *García del Castañar*.

»ROJAS, aunque no exento del culteranismo de su siglo y de los demás resabios que afean la dicción de todos los poetas de aquel tiempo, sobre todo de los dramáticos, es uno de los grandes maestros de la lengua. Esta proposición escandalizaría tal vez á algunos clásicos severos: á nosotros nos parece muy verdadera, aunque no se nos oculta que con un poco de mala voluntad es fácil parodiarla y hacerla pasar por absurda. El que lo hiciera no desearía ciertamente poner en limpio la verdad, sino embrollar la cuestión para lucir su ingenio. Sería menester ser un verdadero insensato, á ménos de ser rematadamente tonto, para ver un modelo de locución ni de nada en la monstruosa comedia titulada: *No hay ser padre siendo rey*, por ejemplo, que sólo puede compararse en lo absurdo y necio á la de *Los áspides de Cleopatra* (1); pero es menester considerar que en ROJAS parece que se ven dos poetas distintos, enteramente distintos, no sólo en el carácter de sus diferentes composiciones, sino hasta en el estilo y en el lenguaje. Dejando aparte á Calderón, á quien ningún otro de nuestros poetas dramáticos aventajó en nada, ROJAS iguala, si no supera, á todos sus rivales en pureza de locución, y supera á todos sin duda en *nervio*: su frase es siempre más cómica y vigorosa, sus expresiones más castizas y propias, es decir, más adecuadas á la situación; y es esto tan cierto, que el hombre más versado en nuestra riquísima lengua difícilmente hallaría una palabra que alterar con otra equivalente en un verso suyo sin quitarle fuerza ó dulzura. Entiéndase que esto es sólo en los dramas buenos de ROJAS, en aquellos en que le consideramos como un modelo, y que es tan fácil distinguir de los malos, que ni aún el más rudo principiante puede desconocer su diferencia. En ellos podía acaso fallar alguna vez nuestra regla, pero será seguramente en excepciones.

»¿Qué decis?

Más precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices....

(1) El señor Ochoa se dejó llevar aquí de la acrimonia, porque los dos dramas que cita no son estúpidos ni mucho ménos.

»En toda esta relacion de *García del Castañar*, por ejemplo, y en la del mismo que empieza con estos magníficos versos:

»No soy quien piensas, Alfonso:
No soy villano, ni injurio
Sin razon la inmunidad
De tus palacios augustos.
Debajo de aqueste traje
Generosa sangre encubro.....

»Es tan popular esta comedia en España, que apenas hay jóven medianamente educado que no recite de memoria algunos trozos de ella; en los teatros de las ciudades se representa continuamente, y aún en los lugares y aldeas es muy conocida por ser la primera que sacan á relucir cuando pasan por ellas las trashumantes compañías de cómicos de la legua. Puede decirse, pues, que esta comedia es la más generalmente conocida en España de todas las de nuestro inmenso repertorio.

»Una celebridad tan universal y tan duradera no puede menos de fundarse en mérito extraordinario, sobre todo cuando se considera que esa celebridad no es debida ni á ser la primera, ni mucho menos la única obra en su género conocida en España, ni tampoco á que su carácter trivial la ponga naturalmente al alcance del gusto poco delicado del vulgo. *Los doce Pares de Francia* y el *Bertoldo y Cacaseno*, por ejemplo, deben su inmensa fama entre el populacho español á esta última circunstancia; otras por este estilo la deben á la primera. Pero el *García del Castañar* no se halla bajo ningun aspecto en estos casos; nuestro repertorio ofrece un sin número de composiciones dramáticas de este género misto de cómico y trágico, y justamente esta pieza es una composicion seria y profunda. ¿Mas qué mucho que esta comedia haya alcanzado tanta celebridad, si es tan admirable que no hallamos expresiones con que encarecer su mérito? Si por una inconcebible fatalidad estuviese destinado á desaparecer de repente de la faz de la tierra nuestro antiguo Teatro, y nos fuese dado salvar sólo una pequeñísima parte de él, cuatro dramas, como reliquia de tanta riqueza, nosotros, que tenemos en mucho las glorias literarias de nuestra nacion, no vacilaríamos en elegir para salvarlos de ese espantoso naufragio universal, *El Tetrarca*, de Calderon; *El desden con el desden*, de Moreto; *La verdad sospechosa*, de Alarcon; y el *García del Castañar*, de ROJAS.

»García y Blanca son dos caracteres pintados de mano maestra: el primero es el modelo de los hombres nobles y honrados, la segunda el modelo de las esposas virtuosas. Hay dramas muy buenos en los que se conoce, sin embargo, que seria posible hacer alguna correccion, suprimir ó variar alguna escena para el mejor efecto general del todo, añadir algun toque á este ó el otro personaje para darle más relieve: esto sucede aún en las obras de más mérito; pero en *García del Castañar* introducir la más leve alteracion, seria privarle de una belleza y destruir bárbaramente la mágica armonía del conjunto.

»Despues de la deliciosa pintura de la vida del campo con toda su serena dulzura que presenta el poeta en los dos primeros actos de este drama, despues de ofrecernos un cuadro bellissimo de la serenidad perfecta de dos jóvenes esposos, eleva en el ánimo del espectador el terror trágico á su más alto punto, cuando al reconocer García que no es don Mendo el Rey, como hasta entónces equivocadamente habia creído, exclama fuera de sí:

Honra desdichada mia,
¿Qué engaño es este que ves?

Al oír estas terribles palabras conoce el espectador que no hay poder humano capaz de salvar á don Mendo. La sentencia de muerte está ya pronunciada y es irrevocable.

»¿Con qué artificio prepara el autor la accion! Nada hay forzado en ella, nada que no venga traído por el orden natural de las cosas, sin que jamás se vea el esfuerzo del poeta por complicar los sucesos para aumentar el interes. Se conoce que ROJAS meditó mucho este argumento, y así consiguió hacer una obra maestra. ¡Lástima es que no hicieran siempre lo mismo nuestros poetas del siglo xvii! No seria acaso tan abundante nuestro repertorio, pero contendría más obras de que pudiera decirse lo que del *García del Castañar*: Es una obra que se acerca á la perfeccion cuanto es posible.»

Hasta aquí los críticos españoles; los extranjeros contemporáneos que con más acierto se han ocupado en el estudio de la literatura española, los señores *Ticknor* y *Schact*, consagraron, como no podían menos, á nuestro ROJAS un lugar muy señalado en su estudio; el primero, sin embargo, el señor *Ticknor*, se ocupa casi exclusivamente del *García*, y repite, respecto de él y de algunas otras obras dramáticas de este autor, lo que generalmente se venia diciendo; todo ello muy de pasada, como el que no se habia detenido suficientemente á examinarle y comparar su mérito. Pero el que á nuestro modo de ver ha comprendido mejor la índole de nuestro autor, el que le ha estudiado más detenidamente y expresado con más exactitud y vigor sus cualidades distintivas, es el ilustrado baron

Schact, en su excelente obra sobre el Teatro español, publicada en aleman hace algunos años (1); en ella discurre con un acierto, con una sagacidad y diligencia verdaderamente alemanas, sobre todos ó casi todos los dramas de ROJAS: los desentraña y analiza (algunos, como el *García*, con notable extension), los compara y aquilata con gran conciencia literaria, y de este estudio saca consecuencias lógicas para calificar la índole especial del ingenio de ROJAS en trozos tan elegantemente expresados como este (2).

«La naturaleza dotó á ROJAS de las más raras cualidades: imaginacion poderosa, fantasia creadora, locucion fogosa y elevada, pintura viva de afectos en lo trágico y gran ingenio y agudeza en lo cómico. Con tales dotes compuso obras maestras, que pueden figurar al lado de las más notables de Calderon; pero le faltaba, para sostenerse á esta altura, el buen juicio y el gusto artístico razonado que han de auxiliar al genio para que no decaiga. Con esas grandes cualidades tenia nuestro poeta cierta afición á lo raro y á lo exagerado, que se observa, ya en el caprichoso arreglo de sus piezas, ya en las extravagancias de sus detalles. Cuando se abandona á esta propension engendra verdaderos monstruos, dignos de una imaginacion calenturienta, inventando los más locos caprichos y ofreciendo caracteres tan repugnantes como poco naturales. Por lo que hace al estilo, muchas de sus obras son en alto grado Gongoristas, de falso brillo, afectada oscuridad, contrastes de mal gusto y deslumbradora hojarasca de palabras. Y esta afición de ROJAS al culteranismo es tanto más difícil de explicar, cuanto que en varios dramas suyos, y hasta en escenas de los que más se distinguen por esos defectos, aparece natural en la expresion, sencillo y poco pretencioso en la frase, y dado á la sátira contra los cultos. En la comedia *Sin honra no hay amistad* pinta así la oscuridad de la noche:

Está hecho un Góngora el cielo,
Más oscuro que su verso;

y en *El desden vengado* (acto primero) se encuentran dos sonetos destinados, segun parece, á parodiar el estilo culterano.

»Por dicha no son muchas las piezas de ROJAS que ofenden por lo desbarajustado del plan y la afectacion del lenguaje, y poseemos en cambio un número considerable de ellas que podemos admirar con placer, las cuales, si bien no exentas de crítica del todo, se distinguen por su ingeniosa composicion y la maestría de sus detalles, hasta el punto de merecer que se las cuente entre las más preciosas joyas del Teatro español. Verdad es que aún en estas mismas piezas se nota la inclinacion del poeta á lo raro y lo maravilloso, á veces hasta el exceso, y que su lenguaje no carece de ciertas manchas; pero no debemos pararnos en pequeñeces y negarle el genio, no comprendiéndolo, deteniéndonos mas bien en sus defectos aislados que en la excelencia del conjunto. Merece particular atencion, como ántes hemos dicho, que ROJAS, al paso que incurre alguna que otra vez en exageradas metáforas, brilla en alto grado, y como pocos poetas españoles, por la naturalidad de su estilo, y que juntamente con su exuberante imaginacion, que se derrama aquí y allá en sus piezas, haciéndolas defectuosas, poseia una inteligencia varonil que la regularizaba cuando queria. Cuando dominaba su entendimiento, cuando su razon tenia en equilibrio á su fantasia, componia obras excelentes, tan llenas de lozano estro poético como de vigorosa exposicion, completas y ricas en su conjunto, de partes estrechamente enlazadas entre sí, sembradas de poéticos pensamientos expresados con clásica precision.

»De lo expuesto se deduce, que hemos desvanecido el error de los que miran á ROJAS como imitador de Calderon; por ningun concepto se le debe calificar así, puesto que el análisis de sus obras demuestra que poseia un talento bastante original para seguir un camino propio, así en lo trágico como en lo cómico.»

Entra despues en el análisis del *García* y de los demás dramas de ROJAS, probando con ellos las observaciones que ántes ha emitido.

Despues de los razonados y brillantes juicios de críticos tan eminentes, osado atrevimiento parecerá en mí el consignar el propio, tanto por la inferioridad reconocida de mi criterio, en compa-

(1) *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien*. Francfort, 1854.

(2) Debo la version al castellano de este brillante trozo al señor don Eduardo de Mier, que la ha hecho á mi ruego, y que emprendió hace tiempo la traducción completa de la excelente obra del señor de Schack, con

objeto de publicarla y hacer este servicio á nuestra literatura; pero el desden de los editores, ó mas bien del público español, le hicieron suspender su tarea, en tanto que en Alemania se agotaba, con vergüenza nuestra, la primera edicion de la obra de Schact, y procedia éste á una segunda en 1854, que es la que tengo á la vista y poseo.

racion con el de aquellos, cuanto porque habiendo de convenir en la mayor parte de sus delicadas apreciaciones, y repetir las, por consiguiente, aunque no con tanta lucidez, poco ó nada puedo añadir que de leer sea.

Pero el compromiso, aunque involuntario, que me impuse al encargarme de ordenar esta Colección, me obliga virtualmente á emitir la propia, áun despues de consignadas tantas y tan respetables opiniones, contra cuya autoridad seria hasta insensato protestar. Afortunadamente ni es tal mi presuncion indiscreta, ni existe tanta divergencia entre los autorizados juicios que quedan expuestos y el que modesta y desconfiadamente voy á estampar.

Por la exposicion que dejo hecha de aquellas discretas opiniones de la critica moderna respecto á la indole especial del talento dramático de ROJAS, á su extension y á su estilo, se ve claramente que todos convienen en ciertas bases generales, reconociéndole como distintivo peculiar la energía y vigor del pensamiento, el nervio, la propiedad y el donaire en la expresion; que todos concuerdan en su acierto y sagacidad para conducir el argumento de sus buenos dramas con punzante interes y desenvoltura, lo que prueba bien el profundo conocimiento que tenia de la sociedad y del corazon humano, y cuan bien sabia tocar los resortes propios para interesarle y conmoverle; que todos hacen justicia á su práctica y dominio de la escena; y que todos, en fin, deploran que un ingenio tan peregrino y que sabia en ocasiones sostenerse á inmensa altura, ya fuese por complacer y halagar el gusto del vulgo, ya por capricho propio, extravagante y veleidoso, se rebajara en otras (por desgracia harto frecuentes) á hacinar como de intento despropósitos y vaciedades que rayan en el absurdo, y que contra sus propias convicciones (consignadas con el ejemplo y con la palabra) viniese á hacerse el eco delirante de aquellas demasias que un público estragado apetecia ó ensalzaba, adormeciéndole, mareándole más y más con ridiculos abortos y desatinos en que no se sabe qué admirar más, si la lastimosa prostitucion del ingenio ó la paciencia ignorante del vulgo.

En todas estas apreciaciones de la buena critica no podrá ménos de convenir todo aquel que haga un estudio imparcial del repertorio de ROJAS, como yo he debido hacerle en la presente ocasion, y bien que acostumbrado á esta incomprensible asociacion de lo más sublime con lo más ridiculo que plugo hacer á todos ó la mayor parte de nuestros célebres dramaturgos del siglo xvii, desde el mismo Lope hasta Cañizares, no podrá ménos de convenir con los buenos críticos, en que pocos, áun de los de segundo orden de nuestro Teatro, llevan tan allá como ROJAS la indisciplina, el desentono, la degradacion, en fin, de su magnifico ingenio. Si hubiera necesidad de probarlo bastaria con sólo llamar la atencion hácia sus comedias ya citadas: *El falso Profeta Mahoma*, *Los encantos de Medea*, *Persiles y Segismunda*, *Los celos de Rodamonte*, *Los trabajos de Tobías* y otras, y en general sobre los autos sacramentales, en los cuales agotó, puede decirse, cuantas incongruencias, cuantos delirios habian lúego de prohijar las calenturientas musas de los Diamantes y Candamos: todas las extravagancias hiperbólicas y ridiculos logogrifos que, especialmente en su último periodo, oscurecieron el cielo de nuestra antigua escena.

La critica moderna cierra los ojos y tapa los oidos delante de tamaños extravios del ingenio, y por mi parte, para reunir y ordenar esta Colección *escogida* del repertorio de ROJAS, he debido prescindir absolutamente de esos dramas en que parece haberse olvidado de sí mismo; áun hubiera, repito, extendido á mayor número la exclusion, si la necesidad de completar el tomo con el número competente no me hubiera obligado á dar en él cabida á algunas piezas, harto débiles por cierto, aunque no carecen de interes en el fondo y de algunos accidentes de mérito, tales son las tituladas: *Don Pedro Miago*, *La hermosa y la desdicha*, *Santa Isabel de Portugal*, *Nuestra Señora de Atocha*, *Peligro en los remedios* y alguna otra, y las últimas de *Los tres blasones de España*, *El catalan Serrallonga* y *La traicion busca el castigo*, que aunque de mérito relativo, no son obra exclusiva de ROJAS, sino escritas por él en colaboracion con Coello y Velez de Guevara.

A este suplemento me ha obligado tambien la sensible carencia de otros dramas de nuestro don FRANCISCO que, aunque figuran en los catálogos, no he conocido ni podido haber á las manos, ya por no haber llegado hasta nosotros, ya por no tropezar con ellos en ninguna de las bibliotecas que he consultado; tales son *Lucrecia y Tarquino*, *Numancia destruida* (que suponen dos dramas de excelente argumento trágico), *Nadie haga bien á traidores*, *Buena sangre es lo mejor*, *Murmuraciones de aldea* y alguna otra cuyo expresivo título me hace sospechar que no serian de las inferiores de ROJAS, y que hubieran ocupado dignamente un lugar en esta Colección.

Escogidas, en fin, con la posible escrupulosidad dentro del repertorio conocido, creo que la treintena de piezas que la componen forma un cuadro bastante general y completo, y á que pu-

diera añadirse poco para dar á conocer el talento de DON FRANCISCO DE ROJAS en ambos géneros, trágico y cómico, y hasta para familiarizarse con los mismos extravios de su ingenio, que en muchos de estos mismos dramas alternan en singular contraste con los más preciados toques de su poético pincel. Y deseoso de someter al juicio público la decision sobre el juicio unánime de la critica moderna, que conviene en asignar á ROJAS cierta especialidad para la tragedia, he procurado escoger y presentar por iguales partes las más señaladas muestras de su pluma en ambos géneros, trágico y cómico, con lo cual el lector inteligente tiene á la mano las pruebas ó títulos que han de servirle para establecer la comparacion y adherir ó no á aquella opinion de la critica.

Los dramas heroicos y trágicos á que he dado cabida en esta Colección son los siguientes: *García del Castañar*.—*Progne y Filomena*.—*Casarse por vengarse*.—*El más impropio Verdugo*.—*La traicion busca el castigo*.—*Santa Isabel de Portugal*.—*El Caín de Cataluña*.—*Los bandos de Verona*.—*No hay ser padre siendo rey*.—*El desafío de Carlos Quinto*.—*Los áspides de Cleopatra*.—*Nuestra Señora de Atocha*.—*Los tres blasones de España*.—*El catalan Serrallonga*.—*Tambien la afrenta es veneno*.

Y en el género cómico y caballeresco, ó festiva pintura de costumbres y caracteres, á otras quince, á saber: *Entre bobos anda el juego*.—*Obligados y ofendidos*.—*No hay amigo para amigo*.—*Abre el ojo*.—*Donde hay agravio no hay celos*.—*Lo que son mujeres*.—*Don Diego de Noche*.—*Sin honra no hay amistad*.—*Lo que queria ver el Marqués de Villena*.—*Peligro en los remedios*.—*Primero es la honra que el gusto*.—*La hermosura y la desdicha*.—*La Esmeralda de amor*.—*La más hidalga hermosura*.—*Don Pedro Miago*.

Ahora bien, examinando y comparando entre sí ambos repertorios, trágico y cómico, de ROJAS, vamos á ver si es tan fundada la opinion que reconoce en este insigne autor cierta predisposicion para el primero, y le asigna por ende una marcada superioridad en él sobre nuestros dramáticos de orden superior.

Con la sola y única excepcion del *García del Castañar* (admirable creacion fuera de linea y con la que ninguna otra del mismo ROJAS puede ser comparada), ¿qué es lo que hallamos en sus dramas trágicos que suponga su especialidad en este punto, ni autorice por consiguiente la superioridad que ha querido asignársele sobre los otros autores que cultivaron ambos como él? Se han citado y encomiado (acaso más que lo merezcan) sus conocidos dramas: *El más impropio Verdugo*, *El Caín de Cataluña*, y *Progne y Filomena*, que son sin duda alguna aquellos en que despliega ROJAS la viril energía de su pensamiento, la gala y arrojo de su brillante poesia; pero ninguno de ellos, á mi juicio, puede sostenerse al lado de su obra única inmortal; tampoco en su conjunto revelan en su autor mayores dotes trágicas que las que ostenta Lope, por ejemplo, en *La Estrella de Sevilla* y *El mejor alcalde el rey*; Calderon en *La vida es sueño*, *El Tetrarca* y *El médico de su honra*; Moreto en *El rico hombre*; Tirso en *El Burlador de Sevilla* y *El Condenado por desconfiado*, y Alarcon en *El Tejedor de Segovia* y otras. Y áun descendiendo á otros autores que la critica moderna ha colocado en el segundo orden, ¿cuál de los dramas trágicos de ROJAS (no siendo, repito, el *García*) puede ponerse frente á frente con *Las mocedades del Cid*, de Guillen de Castro; *Reinar despues de morir*, de Velez de Guevara; *La Desdichada Raquel* ó sea *La Judía de Toledo*, atribuida á Diamante y que, segun Ticknor, es de Mirademescua; y *El Conde de Sex*, de Coello?

A mi entender, ninguno; ni en invencion, ni en dignidad y conveniencia, ni en vigor trágico de los caracteres, ni en poética entonacion del estilo. Diré más, y es, que en la mayor parte de los argumentos de este género usados por ROJAS, rehusó voluntariamente á la originalidad, porque todos, ó casi todos, habian ya sido presentados en la escena por Lope y Guillen de Castro, Montalban, Mirademescua y Velez. Hasta en su misma inmortal creacion del *García*, en que por un esfuerzo de su gran talento se elevó hasta el punto de hacer olvidar cualquier modelo ó reminiscencia, se ha observado ya que pudo tener á la vista *El Comendador de Ocaña*, de Lope; *La Mujer de Peribañez*, de Montalban; y *El Celoso prudente*, de Tirso; y yo mismo, al exhumar del olvido y colocar entre las de Velez de Guevara la titulada: *La Luna de la Sierra*, de este autor, me atrevi á hacer la observacion de la analogia de su argumento, caracteres y situaciones con las del *García del Castañar*. Publicada está dicha comedia en el tomo II de *Dramáticos contemporáneos á Lope de Vega*, de esta BIBLIOTECA; allí, pues, puede comprobarse la cita y apreciar en lo que valga mi observacion; y cuenta que esta no tiende á rebajar el gran mérito de ROJAS en su drama privilegiado, como tampoco disputaron á Moreto la gloria de *El desden con el desden* los que hicieron la observacion de que pudo tener